

LA TOMA DE LAS CALLES

MOVILIZACIÓN SOCIAL
FRENTE A LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL
CIUDAD DE MÉXICO, 1892

Fausta Gantús
Florencia Gutiérrez
Alicia Salmerón

historia
política

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES DR. JOSÉ MARÍA LUIS MORA
CONSEJO NACIONAL DE CIENCIA Y TECNOLOGÍA

ÍNDICE

Introducción	7
Capítulo 1. La reelección presidencial de 1892	
La sátira visual contra el retorno de la reelección indefinida	19
La coyuntura de 1891-1893: un parteaguas en la vida política porfiriana	38
Proponer y elegir candidato, he ahí la cuestión	45
Capítulo 2. La disputa por las calles	
Reeleccionistas y antirreeleccionistas en las calles de la capital	67
La irrupción de la violencia	93
Capítulo 3. ¿De quién son las calles? Los cuestionamientos desde la prensa por la legitimidad del uso del espacio público	
La disputa por las calles, el pueblo y la espontaneidad.	
Representaciones políticas en la prensa	119
Calles desbordadas, autoridades rebasadas. La coyuntura electoral en el discurso satírico visual	144
La prensa, como la sociedad: dividida. Una lectura desde la caricatura	184
Consideraciones finales	201
Cronología electoral, 1890-1892. Campaña y movilizaciones en ciudad de México	207
Fuentes consultadas	213

INTRODUCCIÓN*

En 1892 tuvo lugar una nueva reelección de Porfirio Díaz a la presidencia de la república: su cuarta elección, electo primer mandatario por tercera vez continua (1877, 1884, 1888 y 1892). Fue un año de crisis política y económica en México, un año de cambios que marcaron giros importantes en el régimen porfiriano. En esa coyuntura, movimientos sociales, localizados pero significativos, pusieron de manifiesto problemas de representación política. Uno de ellos tuvo lugar en la ciudad de México, escenario de una intensa movilización de una alianza de estudiantes, artesanos y obreros, quienes exteriorizaron su rechazo a la nueva reelección del presidente, la que anunciaba su establecimiento por tiempo indefinido al frente del gobierno.¹ Fue un movimiento con capacidad de expresión: manifestó el descontento frente a la exclusión política, frente al cierre de oportunidades que representaba, de entrada, la permanencia prolongada de un grupo en el poder.

* Agradecemos el apoyo en parte del proceso de investigación de David Cabral, Omar Urbina y Ángel Limón. Agradecemos también al Seminario de Historia Política que se realiza en el Instituto Mora por la oportunidad que nos brindó de discutir algunos avances de este libro y recibir enriquecedores comentarios de los colegas participantes.

¹ Todos los autores clásicos que estudian la vida política porfiriana, así como los estudiosos de las Escuelas Nacionales y de la movilización obrera en el periodo refieren, aunque sea someramente, el episodio de los estudiantes y trabajadores que se opusieron a la reelección de Díaz, en la ciudad de México, en 1892. También se han acercado a ese episodio estudiosos de los líderes magonistas y de jóvenes pintores. Sin embargo, pocos han estudiado con detenimiento a sus dirigentes y las estrategias de movilización, y menos aún han reflexionado acerca del significado de un movimiento en apariencia menor, pero que tuvo un lugar muy importante en la construcción de las nuevas prácticas político-electorales de finales del siglo en México. Nuestro propósito es que el presente libro ayude a avanzar en esta dirección. Entre los trabajos que han hecho de este movimiento su objeto de estudio o que le han dedicado una atención especial están Díaz Ovando, *La Escuela Nacional*, 1972; Garciadiego, “Movimientos estudiantiles”, 1989; María y Campos, “Prensa independiente”, 1990; Gutiérrez Álvarez, *Experiencias contrastadas*, 2000; Gantús y Gutiérrez, “Liberalismo y antiporfirismo”, 2009; Quintero, “El movimiento antirreeleccionista”, 2010; Gutiérrez, *El mundo del trabajo*, 2011.

El movimiento de estudiantes, artesanos y obreros de la ciudad de México tuvo lugar en una coyuntura electoral, pero no fue organizado para ganar votos. Se trató de un movimiento de protesta, de rechazo. Sin propuestas de transformación, sin mayor proyecto de entrada que el manifestar su oposición al continuismo del régimen, pero que para expresar su descontento hizo suya la calle: el espacio de comunicación de la ciudad, el lugar por el que se entra a la urbe, a su historia y a su gente.² Un espacio público, en principio, de todos –aunque a la vez, ámbito estatal y, por ende, bajo regulación del Estado–;³ también un lugar político porque las personas, además de circular, se reunían en las calles para leer la prensa y los cartelones que se pegaban en las esquinas. La calle es, como dice Olivier Fillieule, un lugar en el que “los ‘sin voz’, los que no tienen un espacio propio para la participación política, pueden hacer oír sus protestas”.⁴ Su manifestación en la calle constituye un medio para conseguir que se hable de su causa y, por ese camino, se abre la posibilidad a ser reconocidos como actores con derecho a tomar parte en la política.⁵

Estudiantes, artesanos y obreros movilizados lograron hacer suyo, por un momento, el centro de la capital del país, centro neurálgico de la política. Se valieron de la prensa y se manifestaron en las calles de la ciudad, las tomaron disciplinadamente –lo hicieron así, en orden, al menos en un principio–, resignificaron plazas y sitios con sus marchas y discursos. Tomaron esas calles en reiteradas ocasiones a lo largo de poco más de un mes. Y a partir de esa movilización asumieron como propios los espacios recorridos y ritualizados durante largo tiempo por peregrinaciones religiosas, luego cívicas y, en 1892, por los reeleccionistas, quienes también impulsaron manifestaciones callejeras en adhesión a la candidatura de Díaz. Se apropiaron por un momento del corazón de la ciudad, de la Alameda a la Plaza de la Constitución, lugares en que se alojaban los poderes –Ayuntamiento, Palacio Nacional y recinto Legislativo–, espacios simbólicos desde los que interpelaron a las autoridades.⁶ Cuando hubo confrontación entre reeleccionistas y antirreeleccionistas –porque en el recurso a la calle, como en toda forma de acción colectiva, la violencia es siempre “un horizonte posible”–,⁷ se movieron

² Las calles son “intrínsecas” a la ciudad: “sin ellas no habría urbe”, dice Esteban Sánchez de Tagle en su excepcional libro sobre la transformación de la calle en el siglo XVIII novohispano, son “el ámbito dedicado a la comunicación”. Sánchez de Tagle, *Los dueños de la calle*, 1997, p. 7.

³ Sánchez de Tagle, *Los dueños de la calle*, 1997, pp. 245-247; Fillieule y Tartakowsky recuerdan que todavía a principios del siglo XIX la calle tenía para los sectores populares un cierto sentido de espacio privado en tanto lo sentían propio en oposición al espacio cerrado habitado por el burgués. Sin embargo, su progresiva regulación por parte del Estado acabó por quitarle del todo ese sentido. Fillieule y Tartakowsky, *La manifestación*, 2015, p. 25.

⁴ Fillieule, “Voter avec les pieds”, 2001, pp. 13-14.

⁵ Fillieule y Tartakowsky; *La manifestación*, 2015, p. 132.

⁶ Fillieule, “Voter avec les pieds”, 2001, p. 14.

⁷ Fillieule y Tartakowsky; *La manifestación*, 2015, p. 89.

hacia las colonias populares a espaldas de los edificios simbólicos de la plaza principal. Aquellos fueron días de “desórdenes” donde el disentimiento político fue desbordado por el conflicto social.

La ciudad capital había sido escenario de muchas formas de protesta antes: pronunciamientos, tumultos, motines, revueltas, insurrecciones, levantamientos, protestas populares callejeras en el marco de festividades públicas, todas formas de acción colectiva tradicionales.⁸ Sin embargo, la toma de sus calles por reuniones públicas y marchas cívicas organizadas para manifestar el rechazo a una fórmula electoral resultaba excepcional. La de 1892 fue la primera.⁹ Se trataba de una naciente política callejera, de una forma de contender en política que se manifestaba a partir de una acción pública reiterada en reuniones, mítines, manifestaciones y declaraciones; de toma de las calles de manera autónoma y ordenada que enarbolaba reivindicaciones apoyadas en un frente de sectores sociales distintos –estudiantes, artesanos y obreros–, y que logró hacerse oír también a partir de la prensa de combate, erigida en actor político central desde principios de siglo.¹⁰ Esta combinación de elementos comenzó a hacerse presente en México entonces y constituyó una forma innovadora de participación política: un movimiento social que, de manera organizada, disciplinada, salía a la calle a hacer política de oposición al gobierno en una coyuntura electoral.

La expresión “toma de las calles” puede parecer guerrera. En la coyuntura electoral analizada lo fue en el sentido de hacer de las calles un espacio para la protesta y la contienda política. Aquella fue una toma del espacio público ordenada de entrada, apegada a las normas, sin desafío a las instituciones, pero que debatía con energía: cuestionó un proceso electoral cuyos resultados se anunciaban predeterminados y puso de manifiesto las expectativas y demandas de jóvenes estudiantes, artesanos y obreros frente a un limitado y excluyente esquema político. Comenzó en orden, pero como toda expresión de descontento social, no resultó controlable. Provocaciones de un lado y otro, pasiones desbordadas y represión, así como las debilidades internas de los antirreeleccionistas y la fortaleza

⁸ De acuerdo con Fernando Granados, entre 1812 y 1847 tuvieron lugar al menos una decena de “disturbios multitudinarios”, expresiones de malestar, en la ciudad de México. La más “célebre”: la de 1828 que terminó con el asalto al Paríán. Granados, “Barrios *versus* traza”, 2001, pp. 30-40. Durante la segunda mitad del siglo la ciudad viviría nuevos motines, desde el dirigido contra el Ayuntamiento conservador de 1849 hasta la protesta contra la moneda del níquel en 1883. Para un estudio de protestas populares en el marco de festividades públicas en la ciudad de México véase Moreno Elizondo, *El nacimiento de la tragedia*, 2015.

⁹ Años más tarde, en 1910 y de ahí en adelante, las calles de la capital serían escenario de múltiples manifestaciones electorales de diversos signos. Para Loïc Abrassart, el ayuntamiento de 1910 representó en ese sentido “una ruptura en el sistema de prácticas políticas” de la época en la capital. El que a partir de entonces esta práctica se generalizara constituye, sin duda, un momento especial, pero nuestra propuesta es que los estudiantes y obreros de 1892 abrieron el camino. Abrassart, “La politique par la rue”, 2001, p. 49.

¹⁰ Estos elementos forman parte de los que, de acuerdo con Charles Tilly, han caracterizado a los movimientos sociales desde su inicio a mediados del siglo XVIII hasta el siglo XXI. Tilly y Wood, *Los movimientos sociales*, 2010, pp. 21-22.

de un régimen en plena consolidación, neutralizaron al movimiento a poco de haber comenzado.

La movilización antirreeleccionista en la capital no significó una amenaza para el régimen ni para la candidatura de Díaz. Sin embargo, fue mal tolerada por el gobierno. Interpeló la reelección del presidente en momentos en que el porfirismo aspiraba a mostrarse como un movimiento unitario a nivel nacional. Porfirio Díaz sería reelecto por tercera vez consecutiva y sus partidarios buscaban justificar su permanencia como respuesta a un reclamo que, señalaban, contaba con el apoyo de “todas las clases sociales”.¹¹ En este contexto, la toma de las calles en contra resultó una afrenta: descalificó el supuesto respaldo unánime a la candidatura de Díaz. Una parte de la prensa periódica apoyó ese grito de rebeldía, magnificó la voz de la oposición callejera para hacerla llegar más fuerte y más lejos.

Los opositores no representaban competencia electoral: los antirreeleccionistas no postularon candidato y tampoco pudieron construir una organización sólida con visos de actividad permanente a largo plazo. Formaron algunos clubes, a la usanza del momento; para movilizarse utilizaron las redes y espacios de sociabilidad que tenían como estudiantes y capitalizaron algunas de las organizaciones de artesanos y obreros que ya existían. Con todo, este movimiento –sustentado en vínculos previos, solidaridades y expectativas compartidas– amalgamó los intereses y demandas de los opositores al continuismo y se proyectó de manera innovadora en las calles de la ciudad. Y en ese entramado social que incluía sectores diversos y de fuerte arraigo generacional, los actores definieron percepciones y, al unísono, modelaron lo deseable, pero también lo posible.¹² Es decir, estuvieron tensionados, por un lado, por la necesidad de manifestar su oposición política a la reelección indefinida y, por el otro, por las limitaciones propias de un movimiento que no alcanzó a proyectarse como oposición en términos electorales.

Este movimiento cobró particular significación porque sucedía en la ciudad capital, asiento de los poderes federales, y epicentro de la actividad política y económica del país. Una ciudad además bien poblada, en proceso de rápida expansión y muy diversa en términos sociales. La municipalidad de México en esos años tenía alrededor de 330 000 habitantes, en un Distrito Federal de cerca de 460 000 y un país de poco más de 12 millones de habitantes.¹³ Vivían en la ciudad y municipios del Distrito Federal la clase política, comerciantes y empresarios, empleados, profesionistas y estudiantes, artesanos, obreros y agricultores. Hombres y mujeres originarios de la ciudad, unos, venidos del interior del país, otros, que

¹¹ *El Monitor Republicano*, 24 de febrero de 1892.

¹² Tilly, “Conclusiones”, 2004, p. 284.

¹³ *Estadísticas sociales*, 1956, pp. 7-9; INEGI, *Estadísticas históricas*, 1999, t. 1, pp. 13 y 24, en <http://internet.contenidos.inegi.org.mx/contenidos/productos/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/historicos/2104/702825460204/702825460204_1.pdf>. [Consulta: 25 de octubre de 2019.]